

Revista de la Facultad de Medicina

Volumen **48**
Volume

Suplemento **1**
Supplement

Septiembre-Octubre **2005**
September-October

Artículo:




Homenaje al Dr. Roberto Kretschmer Schmid

Derechos reservados, Copyright © 2005:
Facultad de Medicina, UNAM

Otras secciones de
este sitio:

-  [Índice de este número](#)
-  [Más revistas](#)
-  [Búsqueda](#)

*Others sections in
this web site:*

-  [Contents of this number](#)
-  [More journals](#)
-  [Search](#)

In memoriam

Homenaje al Dr. Roberto Kretschmer Schmid

Juan Ramón de la Fuente

Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México

Querida Liliana, Verónica y Kilian, familiares, amigos, discípulos, compañeros del Dr. Kretschmer. Compañeros de la mesa que preside este acto. Muy estimados ex rectores, doctores Guillermo Soberón y Octavio Rivero, integrantes de la Junta de Gobierno, queridos profesores eméritos, compañeros estudiantes. Hace unos cuantos meses estábamos en este mismo auditorio celebrando los primeros 80 años de vida del Dr. Ruy Pérez Tamayo, esa fue la última vez que Roberto estuvo en este auditorio. Hoy debería estar nuevamente con nosotros en la inauguración de este Congreso Académico.

No me es fácil hablar de Roberto en el breve tiempo transcurrido entre su muerte y el día de hoy. No lo sería en todo caso si hubiera transcurrido más tiempo. No sólo por la carga afectiva con la que lo recordamos todos, sino por las múltiples facetas, atributos, matices, características de este hombre excepcional. Muchas razones destacan. Desde luego su bonhomía, su vastísima cultura. Al platicar con Roberto el problema era que uno no sabía de qué conocía más porque manejaba todos los temas, pero además, con una enorme naturalidad y una gran sencillez.

Se trata de un médico generoso como pocos, que siempre tuvo tiempo para todos como señalaba en un artículo reciente Federico Reyes Heróles. Era tan generoso que tuvo tiempo para atender la salud de los demás, quizá a costa de desatender la propia. Detrás de este universitario comprometido había también un hombre de convicciones firmes, un hombre de lealtades inquebrantables, un hombre con una ideología definida.

Por eso me ha parecido oportuno, este día, rescatar algunos párrafos de lo que fue probablemente una de las últimas conferencias magistrales que dictó Roberto, hace poco más de un año, en la Academia Nacional de Medicina. Una conferencia que intituló “El ejercicio actual de la medicina, presiones, depresiones e ilusiones” y que le dedicó a su amigo, ya enfermo entonces, Donato Alarcón Segovia. Lo hago sobre todo para beneficio de los jóvenes estudiantes que nos acompañan, que quizá no tuvieron la oportunidad de conocer personalmente a Roberto, sin embargo, es bueno que empiecen desde hoy a identificar parte de su legado porque ha de estar con nosotros durante mucho tiempo, para siempre. Inició Roberto su conferencia con el sentido fino del humor que lo caracterizaba diciendo: “Hablar de linfocitos o de J.S. Bach me resulta más fácil que hablar de este tema, pero lo haré ya que se trata de algo que nos incumbe –y con cierta urgencia– a todos, como médicos y como ciudadanos”.

Al hablar de las presiones citaba el caso de los HMO (Health Maintenance Organizations) y Roberto señalaba: “la empresa literalmente proletarizó y ahogó en papelería a los médicos, a los que ahora se llama despectivamente prestadores de servicios (*health providers*) quitándoles la autonomía de sus decisiones clínicas, mismas que irán a parar a los escritorios de administradores de empresas. La milenaria lealtad del médico hacia su paciente se desvía con premios y castigos hacia la empresa. Se socava la por sí vulnerable relación médico-paciente, mezcla tradicional de confianza y conciencia. En un despegue espectacular aseguran a 60 millones de norteamericanos y ahorran hasta 36 millones de dólares anuales, para usufructo de los dueños. Éstos son felicitados por el glamoroso mundo financiero, por haber descubierto una nueva veta lucrativa en el quehacer humano. De cada dólar de prima, hasta 40 centavos van directamente a sus bolsillos y desde luego que a enseñanza e investigación no se les asigna nada. Al fin y al cabo por el momento sobran médicos, muchos indispuestos o incapaces de decir ...¡No!... a estos excesos. Para cuando los médicos y los pacientes se percataron del atraco que convertía a la salud en un artículo muy redituable, ya todo era un hecho consumado”.

“¿Fue evitable esta debacle, luego amplificada por la vertiginosa globalización?” se preguntaba el Dr. Kretschmer; probablemente sí respondía. “Pero a Cassirer, el legendario editor del *New England Journal of Medicine* y Casandra de todos estos eventos, hasta lo hicieron renunciar, y al profético Ginzberg de plano lo ignoraron. Ciertamente, las implacables leyes del mercado construyeron a la milenaria Venecia sobre un inundo pantano. Pero para convencerse de que la salud, la cultura y la educación son otra cosa, basta leer a George Soros –ese fundamentalista de los negocios– que debe saber lo que dice. No se necesita ir más lejos que la página cinco de su espléndido librito *Sobre Globalización*:

“*Los vulnerables mercados y sus implacables leyes, son lo mejor para crear –y perder– riquezas, pero no están diseñados para encargarse de otras necesidades sociales, ni son competentes para garantizar justicia social alguna.*”

George Soros, continuaba Kretschmer, ahora más bien Soros Györgi, el húngaro que sobrevivió al nazismo y al comunismo en su patria, se pone la otra pila y se recarga en Sir Karl Popper, el de *La Sociedad Abierta y sus Enemigos*, para inyectar una dosis saludable de sociedad abierta al inescapable realismo geopolítico. Para hacerlo más humanista, pues el mercado no tiene

miedo alguno de protegerse de sus propios excesos. Y éstos abundan”. Ojalá le duren vida y fortuna a Soros, decía Roberto, pero por lo pronto deja claro que el Estado, con talento político y con urgencia, debe proteger a la educación, la cultura y a la salud contra las inclemencias del mercado, so pena de desintegración del fino tejido social, de su identidad y su soberanía, ..y...¡ah!.. –remataba– de su felicidad.

Más adelante Kretschmer señalaba: “Parece que los economistas, como los médicos, somos males necesarios. Paseando hace poco frente a las inefables columnas del Hospital de Niños de Boston, aquel que motivara a su famoso director Charles Janeway a decir que un hospital –no bueno– *excelente*, pero de excelencia de verdad, no promocional, no es, no puede, no debe ser un buen negocio. Es una responsabilidad social, que el Estado y la Sociedad deben vigilar, proteger y convertir en blanco de generosas filantropías. Le pregunté ahí a mi mentor Fred Rosen, que cómo iba el hospital: *¡...un desastre!* me dijo con su voz oracular, gracias a la nueva economía, que si bien nos aclaró el valor de la salud en el desarrollo económico de un país, de medicina no entiende mucho. México no es Estados Unidos, nuestra medicina tiene rasgos antropológicos propios, es parte visible de nuestra cultura. Compete a los mexicanos decidir, (escúchenlo bien jóvenes), qué tipo de atención de la salud queremos y debemos tener. “Porque es obvio que de la jungla lacandona a la jungla industrial de Nuevo León, también –y lamentablemente– hay una considerable distancia social. Hay que debatir esto pluralmente para acercarnos, no a un triunfo en la polémica, sino a una verdad operante y federalizada, atributo de una verdadera sociedad abierta, por ahora el mejor antídoto contra la globalización desmedida”.

Al hablar de depresiones Roberto se refirió inevitablemente a la investigación: “El mensaje es *hamletiano*: la creciente desmoralización entre los investigadores biomédicos, una actividad que como pocas debería hacernos felices y por la que por añadidura nos pagan, como diría mi amigo Rubén Lisker, profesor emérito de la UNAM”. Más adelante Roberto remataba esta parte diciendo: “En esta confusión de valores, lo que el investigador piensa de sí mismo, ya carece de sentido. Sólo sus pares son capaces de decir si es o no es un buen investigador. Y lo harán refugiados en el impersonal secreto de Comités y utilizando un sistema numérico por demás grotesco. Incapaces de vetear calidad, ponemos más y más énfasis en lo cuantitativo. ¿Evaluar a la ciencia y sus progresos en crasos números? ¿De veras? Sería como decir que sinfónicamente Haydn es casi tres veces mejor que Mozart, diez veces mejor que Beethoven y Schubert y 25 veces superior a Brahms y Schumann, que quedan descalificados”.

Al hablar de ilusiones Roberto puntualizaba: “No, no quise decir.....*no nos hagamos ilusiones*: Todo lo contrario. Pero tratemos de llevarlas a feliz término con consensos, tolerancia, respeto, madurez y camaradería, se dice que hay que duplicar en seis años el número de investigadores, para llegar a 20 mil –*estaba el presidente de la república presente, cuando dijo todo esto*–, nada

complació, ni sorprendió más a la comunidad científica. México los necesita. Pero recomendamos no descuidar a los 10 mil que ya tiene. Que apunten en ellos el ánimo y la confianza por investigar, porque a final de cuentas serán ellos quienes tendrán que reclutar a los otros 10 mil ¿O piensan sacarlos de ese mar de carreras blandas que proliferan hoy en día? El amplio apoyo a la educación pública superior es lo que preservará nuestra identidad nacional en la ineluctable globalización. A la Universidad no se acude a brevar confortable certeza sino retos y dudas a veces incómodas, a nutrirse del espíritu del desentendimiento educado”.

Ese era Roberto Kretschmer el hombre con una ideología definida, con una comprensión cabal de su tiempo, de sus problemas y que con la elegancia, la educación y la capacidad formidable que tenía para formularla nos convencía a todos como hay que convencer a todas las personas. Con argumentos capaces de persuadir aun al más escéptico, o al que pueda defender una posición diferente a la de uno.

Roberto, en la Universidad en los últimos años, jugó un papel formidable para ayudarnos a recuperar la estabilidad, el ambiente de trabajo y vislumbrar nuevos y mejores horizontes para nuestra Casa. Lo hizo desde esta Facultad, pero lo hizo también desde la Junta de Gobierno donde su presencia fue adquiriendo cada vez mayor autoridad moral. Esa era autoridad en la que Roberto creía, la única forma de autoridad que él respetaba y ejercía.

Recuerdo muy bien que a iniciativa de esta Facultad se presentó en el Consejo Universitario la propuesta para que Roberto fuera parte de la Junta de Gobierno. Quienes conocen el Consejo Universitario saben bien que es un órgano muy plural, heterogéneo como corresponde a la Universidad. No tuvo un solo voto en contra, no tuvo una sola abstención. Roberto entró a la Junta de Gobierno por aclamación, por decisión unánime de nuestro máximo cuerpo colegiado, porque tenía eso que todos los universitarios le reconocían, autoridad moral.

A sus amigos, dentro de los cuales me distinguió, Roberto acostumbraba periódicamente enviarles libros, con una nota que casi siempre era una mezcla de afecto, inteligencia y provocación. Poco antes de enfermar, unos cuantos días antes, recibí el último de ellos, de los varios que me mandó el Dr. Kretschmer, particularmente en los últimos años. Un librito de George Tainer, *Lecciones de los maestros*. La nota decía: “querido Juan Ramón, sé que estás muy ocupado, pero por lo menos lee la introducción.” Esa era la provocación, evidentemente lo primero que hice el siguiente fin de semana fue leerlo completo, hay un pasaje en este libro donde el profesor es consciente de la magnitud y si se quiere el misterio de su profesión y a veces lo aborda inclusive con ironía, cito ahora “Seguiré al Dios al abierto Delfos que llevo en mi interior. Me agrada caminar por entre los elevados astros, me agrada una vez abandonada la tierra y sus desbañados terrenos, ser transportado en una nube y apoyarme en los hombros del fuerte Atlas y desde lejos contemplar a los hombres y desde ahí desplegar el encadenamiento del destino.” Adiós Roberto.